

LA INTEGRIDAD NACIONAL.

PERIÓDICO POLÍTICO.

ESTE PERIÓDICO
se publica los días 3, 6, 9, 13, 17, 20,
24, 28, y último de cada mes.

DIRECTOR:
ANTONIO G. LLORENTE.

REDACCION Y ADMINISTRACION:
PLAZUELA DE STA. CATALINA DE LOS DONADOS,
núm. 2, cuarto bajo.

LA DISCUSION.

Sobradas debían ser en demasía las razones que expusimos en nuestro número anterior para convencer á nuestro colega de la imposibilidad de ceder á los Estados- Unidos ninguna de las Antillas; expusimos los múltiples y elementales principios políticos en que descansa la union de aquella provincia al resto de la nacion española. pusimos muy en relieve el prestigio que íbamos á perder en unos países donde tantos títulos poseemos para ejercerlos, apelamos á los grandes recuerdos y á las tradiciones gloriosas que son siempre el nervio de los pueblos que han dejado profunda huella en la historia de la humanidad, y respondieron de un modo tan armónico las aspiraciones de aquellos españoles, la forma en que se concibe el derecho, y los intereses políticos de nuestra patria al objeto que nos proponíamos probar, que excusado sería reanudar nuevamente esta polémica, si *La Discusion* no hubiera tratado de presentar á todos los que defendemos la continuacion de la integridad nacional, como animados de un espíritu *bataallador* y *quijotesco*, opuesto las más de las veces á las verdaderas conveniencias del país.

Cierto que podríamos insistir en que sostener los fueros del derecho, proteger los deseos de los más, y librar la sociedad de la anarquía en que quieren lanzarla unos pocos ambiciosos. léjos de entregarse á ensueños de quijotismo, es contener en el límite que le corresponde, á todas las exajeraciones, todas las teorías anticipadas, todos los idealismos de escuela que intentan uno y otro día con pretexto de mejora, y á título de reforma, destruir como el inmortal manchego los hábitos y preocupaciones que son siempre compañía inseparable, y á veces realce principal de cualquiera civilizacion; pero amigos de discutir cuanto á los cubanos interese, ganosos solo de ocasiones en que probar la deplorable ligereza con que se proponen por algunos, medios y solucio-

nes que comprometen grandemente la dignidad nacional, no podemos ménos de examinar tambien por su aspecto *útil* la cesion aconsejada por el periódico republicano.

Espíritus hay á quienes fascinaría la promesa de rebajar algunos reales del presupuesto general de gastos, no faltan tampoco gentes que al oír hablar de *oferta* y *demanda* se creen envueltas en axiomas económicos que es imposible discutir, y como son pocos los que setoman el trabajo de pensar por sí, como abundan, sobre todo entre los republicanos, los que entregan al periodismo ó al folleto la direccion de su criterio, deber nuestro es desvanecer estas impresiones y demostrar claramente, que si la cesion de la isla de Cuba destruiría la importancia política de España, allí arruinaba tambien en parte su riqueza agrícola y comercial.

¿Cuáles son, en efecto las *ventajas* presentadas por *La Discusion*? El pago de una cantidad que rebajase algo el importe de la deuda, la reforma de los aranceles de aquella república de modo que llegaran á considerarse como nacionales los productos que fueran con bandera española, y finalmente un pacto político que estrechara la vida y relaciones entre ambos pueblos prestándonos en casos determinados la poderosa ayuda de su contingente marítimo.

Esta es la *utilidad* que presenta nuestro colega, estas son las *poderosas* razones que deben á su juicio decidir al Gobierno á entregar una provincia tan importante á la República americana. Se estipula una indemnizacion que merme los gastos de nuestro tesoro, se dice que rebajadas en esta forma las atenciones públicas, subirían de precio los valores, hallando acogida más favorable en los mercados europeos, y se olvida lastimosamente que no depende de la cuantía de los gastos la importancia del crédito de un país. Elevado es el presupuesto de Francia, más considerable es aun el de Inglaterra gravado de antiguo con una exorbitante deu-

da, y sin embargo no hay nacion ninguna que pueda competir con sus valores; y es que existe un pueblo poderoso dotado de instituciones robustas que vive largos años á la sombra de la paz; y cuando no se perturba el orden, y las agitaciones son la excepcion en la política, crece la prosperidad, aumenta el comercio, renace la confianza y sube el crédito que la regula. Si entre nosotros no hubieran existido con tanta frecuencia convulsiones que llevaban amenazas al orden social y retraimiento á los capitales, seguro es que no figuráramos despues de Portugal y Turquía, ni estarían desterrados nuestros fondos de las bolsas principales de Europa; pero como se ha desconocido la calma, como el gobierno ha sido más bien una lucha que la direccion de la actividad y la riqueza para la prosperidad comun, hemos perdido el prestigio, se han considerado por desgracia inseguras nuestras negociaciones, se ha esperado siempre que las destruyera el triunfo de los diversos partidos que se disputan el poder, y de aquí ese abandono, esa penuria que nos rebaja tanto ante la opinion de todos.

La Discusion no se ha fijado sin embargo en estas razones, prescinde de antecedentes, muy dignos sin embargo de examinarse con atencion, y achaca solo á la importancia de los gastos lo que reconoce causas tan diversas, y ha venido formandose por el desarrollo lento de sucesos, y conflictos ajenos por completo á aquella cuestion. Por lo demás, y aunque admitiéramos que la rebaja que causara en la deuda la indemnizacion propuesta por el colega republicano, ¿había de ser suficiente por sí sola para aumentar el crédito nacional? ¿destruirían con creces el efecto de esa economia, la pérdida de una provincia, la ruptura con un millon de españoles, y la ruina de la riqueza de un país que es sin duda uno de los más privilegiados por la naturaleza? ¿Compensaría la suma de unos cuantos millones la disminucion de territorio, el abandono de nuestra importancia política

ca, y el divorcio con unos pueblos en que están llamados á ejercer influencia tan legítima?

Pero se dice, no son estas solas las ventajas que pudiéramos obtener, el Gobierno de la Union destruiria toda traba para el comercio español, abriria sus mercados para nuestros productos agrícolas, y el aumento de exportacion compensaria tambien la utilidad de nuestras relaciones con las Antillas.

No vamos á hacernos apologistas de ningun sistema, ni á pedir trabas ni monopolios para la riqueza de nuestra patria, pero en vista del movimiento comercial del continente americano, recordando la actividad que reina en unos mercados donde concurren todas las naciones, ¿puede sostenerse en serio que los productos españoles saldrian beneficiados de la competencia? ¿Cabe suponer que obtendrian la aceptacion que gozan hoy en las Antillas?

Y no se crea que desconocemos nosotros la importancia de nuestro comercio; pero ligados por la misma nacionalidad, y participes de hábitos idénticos, reciben con gusto los frutos de nuestro suelo, y consumen lo que produce nuestra industria, pero es seguro no sucederia así á la mayoría de la poblacion yankee; por otra parte, la escasez de capitales disminuiria entre nosotros la facilidad de sostener la competencia, la penuria de las provincias peninsulares las obligaria á buscar mercados de fácil venta, el precio bajaria por lo tanto, y con él la prosperidad que ocasiona ahora el comercio con las provincias Ultramarinas.

Por complemento de tantas dichas ofrece tambien *La Discusion* un pacto político que estrechase intimamente las relaciones entre España y los Estados-Unidos, y anuncia prosperidades sin cuento, á efectuarse una union, que estaba destinada á su juicio á preservarnos de las amenazas exteriores que pudiera causarnos cualquiera eventualidad. No es ya, pues, á Portugal al que nos unen tantas analogías, tampoco á Italia que divide con nosotros al dominio del Mediterráneo, ni á Francia que posee las mismas fronteras, con las que debemos estrechar relaciones políticas, segun los republicanos, la única alianza conveniente, la que puede principalmente ayudarnos por su importancia marítima, es la república americana.

Provechosa es siempre la armonía entre dos pueblos, fecundo origen por lo comun de tranquilidad, pero una vez abandonadas las Antillas, y perdido por lo tanto el influjo en la América meridional, ¿puede afirmarse formalmente que importa más á España la alianza con los Estados-Unidos que con las potencias del antiguo continente con que se halla en más íntima afinidad?

Hemos seguido á *La Discusion* examinando minuciosamente la utilidad que causaria la cesion de la isla de Cuba, hemos visto una por una las ventajas que presentaba, y probado queda la exactitud de sus afirmaciones, pero al ver que se quieren juzgar de este modo cuestiones tan esenciales, entregando al olvido consideraciones políticas, y deberes de dignidad, obligacion nuestra es insistir en los errores que encierran esas doctrinas. Se analizan detalles impropios de la grandeza del asunto, se confia en ilusorias ventajas y no se tiene en cuenta que la prosperidad de los pueblos descansa más en el bienestar de sus habitantes, que en esas combinaciones en que se confia á medios exteriores y vulgares al alivio de su situacion.

Queremos suponer que España podria mejorar mucho efectuando esta cesion, queremos admitir por completo las ventajas de nuestro colega, ¿podrian sin embargo, admitirse á cambio de abandonar un millon de personas, que aun prescindiendo de toda consideracion política, son por su activa inteligencia el mejor elemento de prosperidad? ¿Significa ménos por ventura la riqueza, el bienestar, el trabajo de tantos españoles que unos cuantos millones en metálico, y algunas ventajas comerciales?

Pues si no sucede así, si aun en el examen de las utilidades, resulta comprobado el absurdo de aconsejar que se destruya la integridad nacional para concluir una lucha que no es cada día más favorable, dirijámonos á la opinion pública, hagamos ver los errores en que ha incurrido el periódico republicano, y procuremos destruir el efecto que haya producido una propaganda que está destinada á tener tan funesta popularidad entre los enemigos de España.

Que conozcan todos los españoles lo que se intenta por algunos, que comprendan bien que se quiere mermar la importancia de nuestra patria, y si no ha muerto entre nosotros el prestigio de las grandes cosas, si significan aun algo las venerandas tradiciones que agrandaron nuestro poderio, protestarán con nosotros de tamaña falta, rechazarán esas proposiciones que sujetan á ciertas conveniencias la integridad del territorio, y no querrán entregar rota á sus hijos la nacionalidad que recibieron de sus abuelos.

LA NOTA

DEL GOBIERNO NORTE-AMERICANO.

I.

Hay cuestiones de una importancia tal en los momentos de agitacion en la vida de los pueblos, que exigen un pronto examen para evitar que sobre ellas se adopten resoluciones imprudentes y perjudiciales. Esto decimos refiriéndonos á la nota que en el número anterior de este

periódico reproducimos, tomándola de *El Centinela del Pueblo*, que se considera que ha sido dirigida por el Gobierno de la república norte-americana á su representante en esta corte, y acerca de la cual expresamos nuestro deseo de saber cuál habia sido la contestacion de nuestro Gobierno.

Hoy comprendemos, que sin esperar á que esto se efectúe, y háyase contestado en estos ó en los otros términos ó no; debemos emitir nuestra opinion sobre el objeto y la forma de tan original documento, recordando para ello las doctrinas que rigen y son aplicables al asunto.

Y no es que dudemos que nuestros altos funcionarios no las tengan presentes, sino que necesitamos traerlas á la memoria para en su dia reclamarles su observancia, si es que contra nuestras esperanzas las olvidan, ó si se separan de lo que ellas les enseñan.

Las naciones tienen dos derechos esenciales, sin los cuales no podrian existir; el de la independencia absoluta unas respecto de otras; el de atender á su propia conservacion.

Por el primero debe y puede cada una permanecer separada de las demás en cuanto se refiera á su existencia; y si bien pudiera haber entre ellas las relaciones que el interés aconseja, esas relaciones son puramente voluntarias y libres; de tal modo, que todas conservan su independencia en los actos de su vida interior. Sin esa independencia absoluta no hay verdadera nacionalidad.

Unido á ese derecho está el otro; el de atender á su propia conservacion, que más que derecho es deber, y que asegura la existencia y duracion de aquel.

Los dos derechos pueden dividirse en exteriores é interiores. Los primeros son aquellos que se ejercen fuera del territorio nacional, como el de celebrar tratados, hacer la guerra, el comercio, las conquistas, todo aquello en fin, para que se necesite el concurso de otro poder, ó que produzca contacto con otras naciones.

Los segundos, los interiores, rigen en cuanto se circunscribe al Gobierno y á la vida particular de los pueblos; es decir, al ejercicio de la soberanía, para lo cual no es necesario el consentimiento, ni el concurso de un poder extraño.

Como la existencia de un derecho va siempre acompañada de la de una obligacion, el derecho de independencia en todas las naciones trae consigo la obligacion de no inmiscuirse las unas en los asuntos de las otras.

Eso es lo que se llama el principio de no intervencion; principio tutelar, invocado por todos los Gobiernos, reclamado por todas las naciones desde pasadas épocas, cuya observancia piden los pueblos débiles y cuyo respeto protestan los poderosos.

Y así tiene que ser; porque siendo cada uno soberano é independiente, cada uno posee igual derecho de conservacion, y por consecuencia, en cada uno existe la facultad de resistirse á cuanto directa ó indirectamente afecte á esa soberanía y á esa independencia.

Se comprende que haya limites á la libertad natural de una nacion, en los actos exteriores; porque siendo todas igualmente soberanas, en todas reside la facultad de repeler cuanto pueda amenazar su conservacion y su soberanía; y porque es imposible que esos actos sean completamente indiferentes á las demás sociedades políticas.

De aquí resulta que la oposicion de una nacion á otra nacion en las cuestiones exteriores que á aquella afectan, nunca tiene el carácter de intervencion. Pero no sucede así respecto de los actos del poder en su propio territorio; porque con ellos no se ataca á la independencia, ni á la conservacion de los otros pueblos; y porque las consecuencias inmediatas, circunscritas á ese limite, solo alcanzan á la nacion que realiza esos actos.

La independencia natural de un pueblo no puede, pues, quedar sometida á la voluntad de otro. Un Gobierno extranjero no tiene el derecho de apreciar, de juzgar ó de arreglar las cuestiones interiores de otro país, porque cada nacion es dueña absoluta de su propia suerte y no puede perder ese privilegio de resolver en sus asuntos sin perder su independencia. Cuando un pueblo comprende que le conviene modificar su sistema político ó económico y sus leyes religiosas, tiene completa libertad para verificar los cambios que considera acertados y que siendo actos de administracion interior, no producen consecuencias directas ó inmediatas para otros pueblos. Se puede afirmar que toda tentativa de un Gobierno para influir en los asuntos interiores de otro Estado, juzgándolos, haciendo presion, ó imponiendo reglas de conducta, es un atentado contra la independencia ajena, una violacion de los deberes y una intervencion material prohibida por la ley primitiva.

Esa doctrina tan conocida, debe tenerse siempre presente por los poderes que quieren conservar la verdadera soberanía de su pueblo al frente de los otros, porque el menor paso, el acto de debilidad más insignificante en cuanto se relacione con su independencia, no sólo es una vergonzosa humillacion del momento, sino la renuncia de su libertad para lo futuro; la abdicacion, en una palabra, de la dignidad y de los derechos nacionales.

Desde el instante en que un Gobierno se somete á la dictadura de otro en los asuntos que pertenecen al régimen interior del país que representa, sacrifica los intereses de este y lo coloca en un

triste vasallaje. Inmensos daños pueden sobrevenir á la nacion que pierde así su independencia, reconociendo en otra la facultad de imponerle reglas para su régimen, si permitiéndole que á guisa de consejos le señale como ha de alterar ó modificar sus leyes y sus instituciones, y esos daños deben precaverse, resistiendo á los usurpadores atentados de aquellos á quienes no se piden lecciones, ni proteccion, ni auxilio.

A nosotros, que conocemos el sistema y las aspiraciones de los Estados-Unidos, que sabemos que allí es una opinion fija entre sus gobernantes, entre sus escritores, y entre sus políticos, la de que en todos los asuntos de América les corresponde el derecho de imponer sus deseos, su conveniencia y su voluntad á cuantos poseen allí territorios, no nos sorprende la tenacidad que demuestra por inmiscuirse el gobierno de esa república en los asuntos de Cuba.

Lo que si nos llama la atencion, si es cierta la nota, es que hoy los encargados de velar y defender la independencia nacional de España, contra toda clase de ataques, no hayan desvanecido las dudas que pueden nacer de la lectura de esa comunicacion, y no hayan tranquilizado los ánimos, publicando á su vez, si no la contestacion que hayan dado á las pretensiones del gobierno norte-americano, al ménos algo que llevase á todos la seguridad de que no se ha humillado en nada la independencia de nuestra patria.

Porque es necesario decir á nuestros gobernantes lo que tememos y la razon de nuestros temores.

Tememos que un sentimiento, una impresion que hoy no calificaremos, por no inferir ofensa, haya sido causa de que se desperdiciara la ocasion de demostrar al gobierno norte-americano que ni aun con la excusa de interesarse por la suerte de pueblos que llama oprimidos, ni con el pretexto de sentimiento de humanidad por estas ó por las otras clases, ni con el de una simpatía, dudosa para los que hemos presenciado la impunidad con que hasta hoy se ha dejado hacer á los insurrectos cubanos en las grandes ciudades de esa república, cuanto nos ha sido perjudicial, cuanto ha mantenido la zozobra y el malestar en Cuba, por ninguna especiosa razon, en fin, se consiente que ese gobierno nos dicte leyes ó nos imponga lo que halague á sus deseos ó á su conveniencia.

Y muy fácil es á nuestros gobernantes, sin crear ni una sombra de disgusto en aquel poder, dar cumplida y acertada respuesta á sus pretensiones. No necesitan para ello esforzarse en hacer valer las buenas doctrinas, esas doctrinas á que tienen que sujetarse todas las naciones y que no pueden ser principios acomodaticios ó elásticos segun las con-

veniencias del momento: bástaless recordar al gobierno de aquella república la conducta que él observó con grandes, ilustradas y poderosas naciones que sin arrogarse el carácter de dictadoras en sus terribles cuestiones intestinas, solo le brindaron una intervencion amistosa para alcanzar que cesasen los horrores de la guerra devastadora que asolaba inmensos territorios, que destruía importantes poblaciones y que despertaba con justicia un sentimiento de disgusto en todos los corazones.

Ese gobierno, cuya nota dá motivo á este artículo, no solo sostuvo el derecho de conservar su absoluta independencia en cuanto se relacionase con el régimen é instituciones de sus pueblos, sino que negándose á oír las ofertas y observaciones que se le hicieron, hizo saber á los que animados de los mejores sentimientos se las dirigian, que la repeticion de sus indicaciones daria lugar á una inmediata suspension de relaciones diplomáticas, como consecuencia del desagrado que les causaria esa intervencion extraña en la politica interior de la República.

Pues bien, aprovéchese aquí tan útil enseñanza y en términos dignos de nuestra cultura y de nuestro carácter, contéstese á esa nota, dejando en su lugar la dignidad nacional y la libertad de accion, que no podemos renunciar, para resolver en nuestros asuntos, es decir, en lo que pertenece á nuestras instituciones.

Y no se nos diga que solo con deferencias, que serian para nosotros ultrajantes, es posible obtener una neutralidad en nuestra lucha con los insurrectos: eso equivaldria á demostrar un temor pueril y á proporcionar á la política absorbente de los Estados-Unidos la facultad de estar á cada instante adelantando exigencias y apoyándolas con la fuerza moral, que con la debilidad de nuestra conducta habriamos permitido que adquiriese sobre nosotros: eso seria armarles con la espada de Dámocles y colocarnos bajo la punta de esa espada por nuestra propia voluntad.

No queremos admitir que en los que hoy se encuentran al frente de los negocios de Ultramar falte la suficiente energía para proceder con arreglo á los principios de derecho universal que ántes hemos recordado; pero si desgraciadamente, y contra nuestras esperanzas, fuese lo contrario, entónces más vale que abandonen un puesto cuya inmensa responsabilidad reconocemos.

Nosotros, por lo mismo que no estamos afiliados á ningun partido político de los que figuran aquí, y por lo mismo que no abrigamos prevenciones contra estos ó aquellos hombres de Estado, podemos y debemos con toda la franqueza de la lealtad decirles públicamente, que ante los intereses importantísimos que

se ventilan en las cuestiones de Cuba, son insignificantes, absolutamente insignificantes las personalidades.

LA CESION DE CUBA.

.....Los españoles que están en Cuba
podrán ser vencidos, vendidos jamás.
Cuba será española ó la abandonaremos
convertida en cenizas africanas.

Con esas nobles y enérgicas frases, dirigidas en carta al presidente del Consejo de ministros, sintetizaban los españoles de Cuba no ha mucho tiempo, la manera de sentir y de pensar de todos los que amando su patria, habitan hoy las provincias que España posee bajo el sol de los Trópicos: y no era este un vano alarde, pues los que tal decían, estaban un día y otro haciendo sacrificios incesantes para corroborar sus palabras con hechos elocuentes, y sus vidas y sus fortunas ofrecidas con la mayor abnegación, las veía todo el mundo en riesgo constante: y allí las ofertas no eran una vana fórmula, sino que aceptadas con la misma sinceridad que se hacían, sus benéficos resultados han podido percibirse desde la Metrópoli, y llevar la convicción aun á los espíritus más egoístas y destituidos de patriotismo, de que lo que allí se hacía era llevar el heroísmo hasta la sublimidad.

Pero decimos mal; no ha hecho igual sensación en todos los ánimos la conducta ejemplar de los que en Cuba defienden la honra de nuestro pabellón: hay seres bastante desgraciados, que han visto con despecho y rencor las hazañas de nuestros hermanos en las Antillas y su inmenso desinterés, y han pensado, que por todo premio lo único que merecían, es que aquella tierra que han regado tantas veces con su sangre, y sus lágrimas, que casi debían considerarla sagrada con tal bautismo, debíamos venderla al extranjero.

No se concibe, á no ser considerándolo en estado de demencia, que haya un español capaz de proponer tal ignominia, y lo que es más, consignar y desarrollar la tesis en un periódico que á veces apoya calurosamente al Gobierno, y que se dice, pertenece á uno de los representantes de España en el extranjero.

Por más que se desmienta lo aseverado por la prensa extranjera sobre inteligencias con el gobierno norte-americano para vender á Cuba, y se diga que no hay una sola palabra de verdad en ello, siempre resulta un grave daño de que una parte de la prensa española abogue por la conveniencia de tan deshonrosa transacción. Algunos podrían recelar que se lanza esa idea para tomar el pulso á la opinión, y según

sus manifestaciones seguir un rumbo ú otro.

Por otra parte, se ha escogido una ocasión tan inoportuna para plantear esta cuestión, que no parece sino que se cuenta con las preocupaciones del momento, para que nadie se fije en la gravedad de las ideas que se emiten respecto á Ultramar, quizás con el fin de asegurar más tarde que la opinión pública con su silencio, asiente á lo que en todos tiempos habría sido una mengua, pero que hoy sería el colmo de la degradación.—Que se haga el sacrificio de abandonar una porción de territorio que no se puede defender, se concibe, aunque es duro concederlo; pero que se aconseje *enajenar* á miles y miles de ciudadanos españoles, que forman la mayoría del país que habitan, y esto, después de haberlo rescatado con su sangre y de estar resueltos á sepultarse entre sus escombros antes que abandonarlo, pasa ya todos los límites del respeto humano, y es añadir la burla á la injuria.

¿Quién sois vosotros los que tal aconsejais, para juzgar tan pequeños, tan pobres de espíritu, y tan flacos de corazón á los que allá siguen peleando por la honra de la patria? ¿Es posible que quepa en vuestro espíritu la creencia, de que lo que han sostenido á costa de su sangre, lo abandonarían ante la opinión vuestra? ¿Sois tan crédulos que juzgais á vuestros amigos en el poder, bastante fuertes para imponer tan triste destino, á los que no han podido domeñar, ni la adversidad, ni los peligros, ni los desastres? O sois demasiado cándidos, ó haceis traición á vuestro corazón, ó no sabéis una palabra de lo que en Cuba pasa.

No os hagais ilusiones, no os canseis en encomiar, lo que siempre sublevará el corazón hasta del más débil de los españoles, pues aunque hubiera un Ministro bastante insensato para intentar realizar vuestros consejos de venta, todo su poder iría á estrellarse contra la enérgica é inquebrantable resistencia, de los que están dispuestos á no obedecer en ese caso órdenes que los deshonen, y á no entregar á nadie la tierra que solo ellos han sabido defender, en medio de dificultades inauditas.

Si su fortaleza de ánimo y su perseverancia los ha salvado, si han arrostrado toda clase de peligros ante un enemigo feroz é irreconciliable, y no han sucumbido; ¿qué hombre público, ni que partido será aquí bastante audaz para imponerles por medio de una ley, la misma desventura, idéntico destino, al que los filibusteros trataron de imponerles por las armas y por el terror? ¿Valía la pena de haber luchado, y bañado aquel suelo con sangre de los leales para que en el día de su triunfo, en vez de premio, decretara para ellos la Metrópoli, la misma suerte á que los habría condenado el enemigo si

hubieran sido derrotados? Vencidos habrían perdido su nacionalidad; siendo vencedores, hay periódicos ESPAÑOLES que también piden que la pierdan, sin duda para recompensar los incendios, las devastaciones y los crímenes con que los insurrectos han horrorizado aquella Antilla, hasta hace poco tan feliz.

Nunca, en ningún tiempo habíamos visto sostener la teoría infeliz de que un territorio que se ha disputado por las armas, debiera ser entregado á la conclusión de la guerra, al partido que ha sido derrotado. Y si en tesis general esto parece un delirio ó una aberración, ¿qué no ha de parecernos tratándose de una provincia española, poblada solo por españoles, y que todo lo debe durante cerca de cuatro siglos, á la sangre y á la civilización española? Era preciso que lo viéramos y lo leyéramos por nuestros propios ojos, para poder creer que en Madrid, en la capital de esta nación siempre hidalga y siempre celosa de su honra, podían á la luz del día y con la mayor publicidad sostenerse tales desvarios. No les damos más que ese nombre, por que solo al influjo de la fiebre que parece perturbar los espíritus, podemos atribuir este olvido de lo que ha sido siempre nuestro carácter nacional.

Si al menos se hubiera propuesto esta vergonzosa solución con anterioridad á los heroicos sacrificios que España y Cuba se han impuesto para su defensa, aunque siempre habría sido rechazada por los hombres leales, al ménos se hubiese interpretado como el anhelo pusilánime del que quiere evitar los males de la guerra; pero lanzar al aire este desdichado pensamiento cuando toda la nación se ha conmovido herida en su honra, cuando todas las provincias han enviado sus hijos con un apresuramiento fraternal, y, cuando tanta sangre y tesoros se han prodigado á porfía para sostener enhiesta nuestra bandera, no sabemos si calificarlo de locura, ó juzgarlo como un escarnio que se hace del luto y las lágrimas de tantas madres españolas, que si se resignan con la pérdida de los hijos que allí caigan peleando, es en la creencia de que tan triste hecatombe ha salvado una parte de nuestro territorio.

Si absorbidos los espíritus por preocupaciones políticas de otra índole, no se ha protestado con indignación contra tales injurias que se dirigen al patriotismo de la nación, envueltas en una amenaza á sus grandes intereses, tócanos á nosotros dar la voz de alarma, contra todos y cada uno de los que no parece sino que se han constituido dentro del seno de la patria en abogados de la codicia insaciable de los Estados-Unidos, y en auxiliares fatales de sus tendencias expansivas.

Solo nos permitiremos como corolario hacer las siguientes reflexiones. Los ad-

miradores de las prácticas democráticas en la vida social y política, y por tanto del derecho y supremacía de las mayorías, ¿en qué razón legal ó política fundan su pretension, de que una minoría rebelde y vencida, ha de dominar y hacer prevalecer sus tendencias sobre la otra parte del país por quien ha sido subyugada? Los entusiastas por los Estados-Unidos, ¿no recuerdan el vigor, la tenacidad, los inmensos recursos, y hasta la crueldad desplegada por aquel Gobierno para sofocar la rebelion del Sud, é impedir que la nacion se desmembrara? Ante la idea de la integridad nacional no se reparó en medios, no se retrocedió ante ningun obstáculo y hasta se echó mano de los recursos más odiosos para triunfar.—La insurreccion fué vencida y aquel pueblo eminentemente práctico, no solo anonadó al enemigo, sino que tuvo buen cuidado de inhabilitarlo por completo para que volviera á levantarse.

Si entónces se hubiesen presentado allí alguno de los *filántropos* de la prensa de Madrid de hoy, á aconsejar á los Estados-Unidos, que renunciaran y se desprendieran de la soberanía de cualquiera de aquellos Estados rendidos, alegando las mismas razones que estos dias se exponen para que abandonemos á Cuba, una carcajada homérica es lo único que habria merecido de aquel pueblo y de su gobierno la extravagancia del consejero.

Y sin embargo, nosotros no podemos reir, no solo porque hay pensamientos que lastiman, sino por los temores vagos que nos asaltan, de que en ciertas regiones, aunque no se acepte la fórmula ni el fondo de las ideas de *El Universal*, se hagan surgir idénticos peligros, y se provoquen catástrofes análogas á las que produciria la cesion de Cuba, proponiendo soluciones imprudentes ó inconvenientes.

Si hubiera politicos miopes, ó gobernantes bastante ligeros ó imprevisores para prescindir de todo consejo de prudencia y desatender las voces amigas que ha tiempo señalan los escollos; y se olvidara que así se compromete la suerte de las Antillas, el desengaño no se haria esperar, pues un pueblo que ha dado las muestras de vitalidad que Cuba, no se dejaría sacrificar impasiblemente, y mucho ménos si sospechara, que las únicas causas que pueden ocasionar su desgracia, dependen de los errores de los que tienen su destino en sus manos. Hay quien habla de tenacidades intratables que se oponen á toda transijencia razonable entre su criterio especial y las necesidades públicas de las Antillas; y hay tambien quien atribuya las dificultades que aun siguen inquietándonos, á la cólera rencorosa de personas que influyen, segun algunos, en los asuntos de Ultramar, y que no pueden tolerar ciertas contrariedades sufridas ó ver sus planes frustrados.

Excitamos con el grito del alma, á toda la prensa leal y verdaderamente Española á que una su voz á la nuestra á fin de que convertida en un clamor general, saque de su obcecacion al diario radical, que ha tenido la singularidad de afectar la opinion pública de un modo tan desagradable.

LOS FILIBUSTEROS INCONSCIENTES.

La insurreccion Cubana lleva ya tanto de duracion como el período revolucionario y constituyente que atravesamos en España; pero aun en los momentos de mayor exaltacion política, se notó siempre aquí, en la prensa, en las Cortes, en los meetings, en fin, en todos los sitios y ocasiones en que la opinion pública podia mostrarse sin trabas, una mesura y reserva tales, en todo lo que podia comprometer el éxito de la campaña, que hasta los jefes republicanos han tenido que sufrir los ataques de los demagogos, porque no influian en tal cuestion.

Los auxilios materiales á Cuba, y el apoyo moral al Gobierno aun de parte de sus enemigos, han sido la prueba más evidente, de que unánimemente se juzgaba lo que pasa en Cuba, no como una guerra de ideas, sino de nacionalidad. Pero cuando tan noble proceder debia haber hallado imitadores en todas partes, veiamos con dolor aumentar los peligros para la causa que se sustenta en América, y no á influjo de los enemigos declarados del Gobierno, no de los agentes bien conocidos de los filibusteros, tampoco de los diarios que tienen la extravagante aberracion de proponer la venta de Cuba, sino lo que es más extraordinario, con la ayuda de hombres y órganos de la situacion, que hacian el daño sin saberlo, con la mayor inocencia, ignorándolo á tal extremo, que hasta creian hacer un bien.

¡Cuán fundado era el recelo de los que han dicho más de una vez en América, que las dificultades para la salvacion de las Antillas serian más graves en la Corte, que en ellas mismas!

Los sucesos precipitándose han venido á probar al mundo que mientras en Cuba hacia el patriotismo prodigios para salvarla, en Madrid se aliaban sin previo acuerdo, la perfidia, la ignorancia, la astucia y la falta de fé, para comprometer los triunfos gloriosos que allí se obtenian y alentar la rebelion.

¡Cuántos ratos amargos hemos tenido que devorar los que interesados en la pacificacion de aquella Antilla, sabíamos que se amontonaron dificultades sobre dificultades, y lo que es más triste, que surgieron obstáculos inesperados á la marcha de los soldados que iban á auxiliar á nuestros hermanos de América!

Durante muchos meses todo parecia

encadenado fatalmente, para hacer perder la esperanza, y desconfiar del éxito feliz de la campaña: las intrigas se multiplicaban para paralizar la accion del Gobierno y de los particulares interesados en la pacificacion, y solo la perseverancia pudo triunfar de tantos males reunidos.

En tanto aquí se atacaba con furor á sus autoridades, se compadecia á los rebeldes, y aun había quien sostenia que no eran separatistas, sino descontentos que habian perdido toda esperanza de reparacion; y esto se sustentaba en la prensa en los momentos que se publicaban integras las proclamas de los insurgentes en que renegaban del nombre Español.

Desde poco despues de la revolucion, sobre todo desde la marcha del general Dulce para la Habana, hubo un empeño decidido en desfigurar la verdad, y describir todos los desmanes y atentados de los rebeldes como simples desahogos, ó justas represalias contra abusos incalificables.—Simultáneamente, y á pesar de conocerse ya la anarquía que comenzaba á reinar en Cuba, se pedian aquí más y más libertades para allá, todo parecia poco, se gestionaba para que el capitan general fuera anulado por una junta electiva, mientras en nuestros puertos de embarque se provocaba la insubordinacion y la desercion de los soldados, ya pintándoles con horribles colores la vida del europeo en los trópicos, ya alentándolos á esa desercion con dádivas.

Hubo un momento en que la opinion pública extraviada con esa táctica perseverante de los que tergiversaban todos los sucesos segun les convenia, llegó á juzgar á todos los rebeldes como víctimas desesperadas de una tiranía insufrible, y á los españoles de Cuba como sus verdugos, y como refractarios á todo progreso y toda ocasion de libertad.

Fué preciso que las matanzas de la Habana vinieran á abrir los ojos de todo el mundo, para que al fin se empezara á discernir sobre la indole y carácter de aquella desatentada insurreccion, que habia adoptado el terror como táctica de guerra, y que al fin arrojó la máscara para mostrarse tal cual era en sus fines y tendencias.

En medio de las agitaciones que aquí nos devoraban, poco se hizo para acabar de destruir la atmósfera que se habia creado á favor de los rebeldes, y si bien el interés por ellos no adquirió recrudescencia, la prensa se contentaba con consignar los sucesos á secas sin comentarlos: el escarmiento habia sido terrible en la Habana, y la certeza de que al fin el principio de autoridad volvía á servir de garantía á todas las gentes honradas, acabó de calmar las inquietudes, y se esperó un momento que la insurreccion no duraria sino pocos dias.

Desgraciadamente esta esperanza se

frustró, la guerra tomó por parte de los insurrectos un carácter feroz, y se organizó la resistencia de tal manera que ya se desconfiaba aquí de sostener aquello mucho tiempo.

En esa época precisamente empezó de nuevo en Madrid la propaganda filibustera, y los ataques violentos contra los que en Cuba eran el nervio de la resistencia. Había interés sumo en anular ó desarmar esa fuerza voluntaria que se excedía á sí propia en el deber que se había impuesto, y se alentó al Gobierno para que el general Dulce volviera á ensayar lo que tan funesto había sido ántes.

Todos estos trabajos conocidos en Cuba no podían menos de influir en los recelos que comenzó á engendrar ese general: las consecuencias son bien sabidas.

Abierta una nueva campaña con elementos sobrados de ataque, deshauciados los rebeldes en su pretension de beligerancia, y cada vez más imposibilitados de recibir recursos, la lucha en su obsequio ha comenzado á hacerse aquí. Léjos de los campos de Cuba, y de esta nueva evolucion, son cómplices inocentes muchos hombres de corazon y buena fé de cuyos instintos generosos se está abusando, y á quienes con informes más ó menos pérfidos, se les arrastra á servir de escudo ó intercesores de nuestros más encarnizados enemigos.

Devolver los bienes embargados, otorgar una amnistia, y admitir á todos los *arrepentidos* al disfrute de los derechos comunes, hé aquí la pretension que constituye la nueva evolucion del filibusterismo; solapados como siempre, no pondrán su odio intranigente á España, sino que se atemperarán con su flexibilidad habitual á todo lo que les haga ganar tiempo y ocasion para volver á la lucha con nuevos bríos. ¿Quiénes son los sostenedores de tales planes? No los denunciaremos seguramente. Como bajo el aspecto que se presentan merecen las simpatías de muchas personas que no conocen lo que pasa en Cuba, ni la índole de la guerra que la ha afligido, ellas son las que en primer término y sin saberlo, empiezan á contribuir á nuevas asechanzas contra nuestra nacionalidad, y contra los que allí la han defendido.

Algun periódico secunda insidiosamente lo que solo comienza á iniciarse; pero otra parte de la prensa quizás sea sorprendida de nuevo, y la atmósfera que hoy se crea en los círculos políticos, trasciende en alas de ella á interesar la opinion pública á favor de los que son hoy nuestros enemigos.

¿Qué hacer ni qué pensar cuando se oye á ciertos hombres públicos decir que los *voluntarios* de Cuba tienen aterrizada la poblacion; que su intransigencia es la que fuerza á los rebeldes, á estar

con las armas en la mano, pues aquellos no les toleran en la sociedad bajo un pié igual; que es imposible todo Gobierno con esas masas armadas, y que las rivalidades de los generales que allí residan será inevitable desde que se inclinen con sus simpatías á uno ú otro? El origen de informes de tal especie, puede calcularse fácilmente, con solo conocer los que asedian á los llamados á influir en la suerte definitiva de Ultramar. ¿Cuál es la consecuencia que todo hombre de corazon, al cual han informado con tal malicia, saca al juzgar bajo ese criterio tales sucesos?... Que es una iniquidad lo que pasa, que debiera desarmarse á los voluntarios, que deben admitirse de nuevo á los rebeldes como al hijo pródigo.....

Hemos llegado á este ejemplo material, para que se comprendan las nuevas asechanzas que comienzan, y para que los buenos ciudadanos que saben los numerosos sacrificios que han hecho nuestros valientes en Cuba para salvarla, no se dejen llevar por arranques irreflexivos de generosidad, á servir de instrumento á los que no desmayan ni descansan en su tarea feroz, que no es otra, que agotar todos los recursos que les sugiere la astucia para lograr nuestra ruina en América.

Una sola palabra para concluir: muchos demócratas españoles han sido los que más han abogado porque las Antillas tengan un régimen igual al de la Península. ¿No podían ser más lógicos? Ellos saben que la *mayoría* de los habitantes de aquellas Islas consideran un grave peligro para su seguridad el establecimiento de libertades *ilimitadas*: si son la mayoría, y piden eso como lo mejor, ¿por qué obligarlos á un régimen que creen funesto? Si les es duro renunciar á la propagacion de un sistema que es su obra, recuerden que la politica es una serie de transacciones, y así como ellos cometieron la para ellos, patriótica *inconsecuencia* de aceptar la monarquía, por razones graves, así la prudencia aconseja hacer una excepcion en las Antillas de la legislacion general, y transijir aceptando lo que se pueda, y rechazando lo que constituya un peligro.

Solo así perderían toda esperanza nuestros enemigos, faltándoles la palanca de los derechos individuales exajerados: sus intercesores no tardarán entonces en convencerse que les servían de instrumento y que lo primero que harían al poseerlos, sería esgrimirlos contra el mismo poder que se les otorgara.

Cuando entre nosotros mismos, y en virtud de desmanes de toda especie, y de la relajacion de todos los vínculos de autoridad, empiezan á alzarse voces muy liberales, pidiendo que la ley ponga coto á la extraordinaria latitud de ciertas libertades, nadie extrañará que juzguemos

de enemigos inconscientes del reposo y seguridad de las Antillas, á los que siguen pidiendo para ellas hoy, lo que en España está produciendo ya serias inquietudes.—Y no es solo este motivo, ni esta triste experiencia hecha en la Península, lo que nos alarma, sino la grave consideracion de que en Cuba hay dos elementos que harían más difícil su situacion con tales concesiones, tales son la heterogeneidad de razas, y las intrigas filibusteras.

Si aquí tenemos la envidiable fortuna de la unidad de raza, y no existe el menor temor que amague nuestra nacionalidad, y hemos presenciado las tristes turbulencias que están en la memoria de todos, ¿qué no pasaria en Cuba rodeada de elementos hostiles, si se plantea violentamente el mismo sistema politico que tantos temores comienza á despertar entre nosotros?

Pensemos por hoy en vencer, que es la necesidad más apremiante, y ojalá la prensa convencida de ello, no suscite de nuevo cuestiones ó dificultades que no han de producir otro resultado, que neutralizar los dignos y grandes esfuerzos que se están desplegando para obtener un triunfo seguro y ya cercano.

REMITIDO.

Con satisfaccion publicamos la siguiente produccion con que nos ha favorecido un apreciable amigo, y en la que se revela con palabras de toda verdad el sentimiento del más puro patriotismo.

Es la primera vez de mi vida que tomo la pluma para expresar por escrito mis ideas y publicarlas por medio de la prensa.—Escribo con la firme persuasion de que no sé hacerlo; y sólo llevado de un arranque de lealtad, he podido resolverme á ello, seguro de que al conocerse mi recta intencion, suplirá esta ante el criterio de mis lectores, lo que me falta en práctica y saber.

Si solo fuese dado á los escritores de profesion difundir sus ideas, y si las demás clases de la sociedad se vieses privadas de poder expresar lo que creen conducente al bien ó á la honra de su patria, quedando las opiniones de los pueblos á merced de determinadas personas, cuantos pensamientos útiles, cuántas advertencias provechosas y cuántas explicaciones convenientes como las que me propongo presentar para esclarecimiento de verdades que se pretende oscurecer, quedarian ocultas en perjuicio del bien social, dejando un eterno remordimiento, en los que como yo tienen voluntad para hablar, si callan por temor á la apreciacion que se haga de sus frases vulgares.

No me detengo, pues, y satisfago mi deseo de señalar los pobres ardides del laborantismo, de explicar á mi modo pero clara y terminantemente, hasta dónde se ha pretendido mancillar á los peninsulares aquí, pretendiendo confundir una opinion legal de los partidos españoles y queriendo traerles al error de hacer causa comun con el vandalismo y la traicion, lemas del pendon levantado en Yara.

Al llegar, hace pocos dias de Cuba, cuyos campos todavía recorren los traidores que

sostienen la guerra más incalificable contra la madre patria, y al poner el pie en este suelo, lleno el corazón de todo el fuego, de todo el entusiasmo y de todo el ardor de que es capaz un buen español, que siente ver ultrajada su patria y que cree encontrar en ella, por todas partes el mismo ardor, y el mismo entusiasmo proverbial de la hidalguía española y que tanto se manifiesta siempre que ha visto amenazada su nacionalidad, mi alma ha padecido acerbó dolor, al contemplar la distinta actitud de algunos españoles de acá, respecto de los españoles de allá. Aquellos llenos de entusiasmo empuñan el fusil lo mismo el opulento banquero, que el pobre artesano y el bracero, vistiendo todos el honroso uniforme del voluntario, sacrificando hasta las horas más precisas para el descanso, y prodigando los pudientes el oro á manos llenas, sin economizar sacrificios ni fatigas, compitiendo todos en noble abnegación, para confundir y aniquilar á los traidores, y levantar incólume la bandera de España, que se pretende mancillar; y estos, ese número limitado de españoles de acá, engañados sobre el carácter y objeto de esa lucha; siendo tal su error que se muestran sorprendidos cuando dirigiéndoseles la palabra se les dice que la insurrección de Cuba no ha nacido del menoscabo de libertades ó de abuso tiránico de poder en los gobernantes.—Esa equivocada creencia, acaso no exista en la mayoría de los españoles; pero sí en algunos; y ¿por qué?

Porque llegan á la Península los deportados de Cuba, y esos hombres que merced á la hidalguía de los gobernantes, vienen solo á un viaje de recreo, como ellos dicen, presentándose como víctimas inocentes, procuran hacer la causa común que hemos indicado con un partido español aquí, diciendo con falsedad, que por iguales opiniones á las suyas, sufren las iras de un gobierno despótico é injusto.

Falso, y mil veces falso es que sean iguales sus opiniones. Los republicanos aquí, luchan y trabajan por establecer un gobierno que juzgan conveniente, siguiendo una idea; pero para ser siempre españoles y sin querer salir de la órbita de su nacionalidad. Los republicanos de Cuba, como pretenden llamarse hoy los partidarios de la insurrección de Yara, no tienen ideas republicanas, ni luchan ó trabajan por establecer en Cuba la república federal ó unitaria; odian nuestra bandera, al extremo de que proclaman que quieren ser africanos antes que españoles, y cuando de nosotros tratan, igual eneón tienen al liberal monárquico, que al republicano y al carlista.

Y no trabajan poco por esparcir la idea de que allí todos los gobernantes y todos los peninsulares son reaccionarios; faltando en esto también á la verdad. Llámannos reaccionarios porque en Cuba el republicano más radical y el absolutista más absolutista, al ver asomarse la traición, al ver que se prodigan insultos á su bandera y al ver que con nuestros hermanos se perpetran por los insurrectos crímenes atroces, por el hecho de ser leales, y al ver que se quiere lanzarse en la miseria, con el despojo de sus bienes adquiridos á costa de trabajos y sacrificios; el republicano y el carlista se unen contra los ingratos que sin razón nos odian, que quieren despojarnos de una tierra que á precio de mil vidas adquirimos, á la que llevamos nuestro idioma, y la religión; á la que damos leyes, y que hemos elevado al grado de prosperidad que no alcanzó ninguna de las demás colonias gobernadas por otras naciones. Convencidos allí nuestros compatriotas de lo que es la insurrección en Cuba, de la injusticia de sus causas, de la iniquidad de sus actos, solo se acuerdan de que son españoles, y dejando á un lado las opiniones ó compromisos de partido que sostendrían aquí, dirigen su acción, acordes

todos, contra el enemigo común. Por eso los llaman reaccionarios.

No queremos terminar este pobre escrito sin rogar á los hombres de todos los partidos que en cuanto tenga relación con las cuestiones de aquella isla, tengan siempre presente que ántes que todo son españoles, y que nuestros contrarios los engañan al quererlos atraer á su auxilio con el pretexto de fingida identidad de opiniones y que entre ellos y los partidarios de la insurrección, no pueden, ni deben existir simpatías, ni hermandad alguna.

Estimamos de tal importancia la sesión en que las Cortes Constituyentes han premiado los merecimientos del que supo morir en defensa de la integridad de la patria, que publicamos íntegros los discursos que se pronunciaron para que llegue á conocimiento de nuestros lectores:

Se dió lectura de la siguiente proposición:

«Artículo único. Se concede durante su menor edad á cada uno de los dos hijos de D. Gonzalo Castañón, asesinado en Cayo-Hueso, la pensión anual de 1.500 pesetas.

Palacio de las Cortes 3 de Marzo de 1870.—Cristino Martos.—Juan Lorenzana.—Pedro Antonio de Alarcón.—Francisco Salmerón y Alonso.—Joaquín Garrido.—José Cristóbal Sorní.—Carlos Navarro y Rodrigo.»

El Sr. NAVARRO Y RODRIGO: Señores diputados, no puede negarse que hay en la Asamblea Constituyente una tendencia general, una tendencia patriótica á evitar que se aumenten las cargas de los pueblos; y, sin embargo, abrijo la esperanza, ¡qué digo la esperanza! tengo la seguridad de que esta proposición, que tiende á aumentar en algo las cargas del presupuesto durante breves años, será tomada en consideración.

¿Por qué esta esperanza, ó, por mejor decir, por qué esta seguridad? Porque no os quiero ofender, señores; porque mi proposición tiene un objeto tan noble, que habiéndola consultado con el Gobierno la aprobó sin vacilación; que habiéndola consultado con hombres importantes de todos lados de la Cámara, la aprobaron también; de tal suerte, que no consintiendo el reglamento más que siete firmas al pie de las proposiciones de ley, y teniendo la mía ese número de hombres importantes de la Cámara, con la única excepción del diputado que tiene la honra de dirigir la palabra al Congreso, amigos míos como los Sres. Suárez Inclán y Méndez Vigo, que tenían gran interés en suscribirla, se han lamentado que no contara con ellos para firmarla; proposición, señores, que en cierto modo me ha sido inspirada por la prensa periódica de la Habana, cuyos directores, sin conocerme, me han dispensado la singular honra de dirigirse á mí por el telégrafo, ó para que iniciase una suscripción, ó idease el medio de honrar de alguna manera la noble, la pura, la ilustre memoria de este mártir verdadero de la patria, del desventurado D. Gonzalo Castañón (*El Sr. Suárez Inclán*: Pido la palabra para una alusión personal.)

Se trata, pues, de que la patria reconozca por hijos á dos desventurados huérfanos que perdieron á su padre defendiéndola.

Vosotros, señores diputados, habéis leído como yo los tristes pormenores que relatan la muerte del señor Castañón. Era este un periodista modesto, ilustrado, laborioso, inteligente, de esos escritores anónimos y desventurados que van dejando día por día su alma, su cerebro, su existencia en el secreto de la redacción de un periódico para ilustrar al pueblo, para educar las masas, para defender á la patria, sin esperar ni obtener ni conseguir

más recompensa que la satisfacción de una conciencia tranquila: raza oscura y desventurada de mártires del periodismo, que no debe confundirse con los explotadores del escándalo, los cuales pasan por la prensa periódica como siniestros meteoros, dejando en pos, no la estela luminosa de su inteligencia, de los grandes talentos, sino la triste huella tal vez de las grandes infamias y de las grandes calumnias.

Castañón había sido periodista en Madrid, dejando en todos los que tuvieron la honra de tratarle profundas simpatías, simpatías que inspiraba la elevación de su entendimiento y la integridad moral de su carácter.

Trasladado á las Antillas, era un noble representante de esa población española que emigra todos los años y que contribuye no poco con su actividad, con su industria y con su talento á aumentar la prosperidad de Cuba, como antes ha contribuido no poco (y en esto están conformes todos los historiadores) á aumentar los progresos, la civilización y las mejoras materiales de otros países americanos de origen español.

Director y propietario á la vez de un periódico que se publicaba en la Habana, titulado *La Voz de Cuba*, allí defendía la conveniencia y la necesidad de la unión, de la armonía, de la fraternidad, de la inteligencia de insulares y peninsulares, como hijos todos de una misma madre, de esa severa y noble matrona que se llama España; y en los días más tristes de la insurrección cubana, en los momentos más graves y solemnes de esa lucha cruenta que sostenemos en las Antillas, Castañón enarbolará alternativamente la pluma del periodista y el rifle del voluntario; á la par que predicaba una política de concordia y de amor con todos los cubanos, defendía valerosamente el estandarte de la revolución de setiembre, que era para él, como debe ser para todos los españoles de las Antillas, el limpio y glorioso estandarte de la patria. Era, pues, Castañón una noble, una brillante, una varonil representación de la nacionalidad española en las Antillas, con su patriotismo, con sus virtudes, con su valor, con su heroísmo y con su arrogancia; por eso le odiaban más los enemigos de España en Cuba; por eso los groseros insultos y las grandes calumnias que vomitaban ellos contra España procuraban escupirlos también sobre la limpia frente del valeroso periodista: quiso buscarlos dos veces en el campo del honor como caballero, y en vez de encontrarse con caballeros, se encontró con viles y miserables asesinos.

La muerte de Castañón, el asesinato de este heroico español, causó una gran emoción en Cuba; causó una gran emoción que yo comprendo, que yo siento también, pero que no puedo expresar, porque la palabra humana es impotente para expresar el verdadero dolor. Han hecho bien los cubanos españoles, los españoles leales, en derramar flores y lágrimas sobre la tumba de este glorioso hermano, de este heroico mártir: así se mantiene siempre vivo y encendido el fuego sagrado de la patria; que la gratitud hacia los mártires que brillaron en vida es un manantial vivo, puro, fecundo y perenne de donde brotan los grandes heroísmos del porvenir.

Todo el mundo, ejército, marina, voluntarios, particulares, cubanos, españoles, autoridades, todos se han asociado á este inmenso dolor. Se ha abierto una suscripción, y esta suscripción ha dado los más brillantes resultados. ¿Y qué? ¿Permanecerá España indiferente? ¿Permanecerá España insensible? No lo creo, no lo temo.

Hé aquí por qué he presentado esta proposición, que en su letra descarnada tiene ya un propósito purísimo: el de demostrar al mundo

que los hijos de Castañon no son huérfanos, porque los prohiya la noble patria española; y en su espíritu tiene una tendencia más patriótica: demostrar á todos que España, que la Asamblea Constituyente, representacion soberana de la nacion española, acoge á todos los españoles, así cubanos como peninsulares, á todos los españoles que sostengan el nombre de España en América, como á hijos queridos, como á hijos heroicos de la patria.

Y esto, señores diputados, es muy importante en los actuales momentos, cuando por una aberracion grande de entendimiento y por una aberracion mayor de patriotismo, hay gentes que hablan de enajenar ó ceder á los Estados-Unidos la isla de Cuba. Es conveniente que las Cortes españolas aprovechen todas las ocasiones que se presenten para decir al mundo que mientras haya españoles en España no se arriará, no se recogerá la bandera de Castilla en la fortaleza del Morro. En nombre de no sé qué ideal de la humanidad, porque nuestro siglo, por desgracia, tiene palabras muy sonoras y banderas sagradas para encubrir las mercancías más vergonzosas, á la manera de los buques piratas; en nombre de no sé qué ideal de la humanidad, hay gentes que piden que abandonemos las Antillas: y yo digo que, si esa desgracia ocurriera en tiempos de la revolucion de setiembre, estaria definitivamente perdida y deshonrada, porque la revolucion de setiembre legaria á la posteridad la mayor de las vergüenzas que registrasen los siglos. Y no quiero decir más en apoyo de mi proposicion, y concluyo.

El señor ministro de ULTRAMAR: Tengo que decir algunas palabras con motivo de la proposicion del Sr. Navarro, y principalmente de las últimas de S. S.

En efecto, el Sr. Castañon, cobardemente asesinado en Cayo-Hueso, era un buen español y amante de la revolucion de setiembre; y si siempre se debe atender al que sostiene la bandera de la patria, no son menos dignos de nuestra solicitud los que emplean su inteligencia para defenderla en lejanas provincias que no son menos españolas que la Península. Yo ruego, pues, á las Cortes que acepten la proposicion del Sr. Navarro.

Respecto á las últimas palabras de S. S., pareceria excusado que el ministro de Ultramar dijera nada sobre ellas, tratándose de la honra nacional. España no puede ceder ante ningun sacrificio, ni ante proposicion alguna, venga de donde viniere; pues si no fuera bastante poderosa para triunfar en la contienda, obraria de modo que nuestros descendientes dijeran: «aquí fué vencida España, pero nunca fué su honor mancillado.» En España no puede haber disensiones por lo que hace á la integridad del territorio, á la honra y á la dignidad del país; podrá haber diferentes opiniones respecto al procedimiento para llegar á ese resultado; pero cuantos sienten sangre española en sus venas están conformes en conservar esa integridad de la patria, llevando al mismo tiempo á las provincias ultramarinas las reformas que la civilizacion reclama.

Esté, pues, tranquilo el Sr. Navarro, pues no hay dentro de la revolucion de setiembre español que piense que nosotros hayamos de hacer algo de que tengamos que avergonzarnos mañana nosotros ó nuestros hijos.

El Sr. NAVARRO Y RODRIGO: Doy gracias al señor ministro de Ultramar por haber recomendado mi proposicion. En cuanto á las palabras que ha pronunciado su señoría, dirijilas á los que fuera de aquí, pero dentro de la revolucion de setiembre, patrocinan la idea de abandonar la isla de Cuba, sin duda para alentar así á los amigos de España que allí combaten.

Por lo demás, yo estoy de acuerdo con S. S. en cuanto á defender la honra y la integridad de la patria, y creyendo tambien que debemos reformas á nuestros hermanos de las Antillas, creo sin embargo que esas reformas deben hacerse con cautela y oportunidad, y no dejándonos arrastrar de impacencias vertiginosas.

El señor ministro de ULTRAMAR: A mí me gustan las cosas claras. Indicado que hoy no hemos de discutir sobre pequeñezes, tengo que decir al Sr. Navarro que yo hago siempre lo que creo conveniente á mi patria, á la revolucion y á mi partido, y por encima de todo lo que mi conciencia me aconseja como bueno. Pero de eso trataremos á su tiempo.

En cuanto á los que fuera de aquí piensan de esa ó de la otra manera, debo recordar á S. S. que estamos en una época de libertad en que pueden darse á luz todas las opiniones, por extravagantes que parezcan.

En cuanto á que las reformas no sean vertiginosas, he de decir al Señor Navarro que para mí nada hay peor que las tortugas que no se mueven, y que si los movimientos algo fuertes asustan á algunos, tanto peor para ellos. A mí no me asustan.

El Sufragio Universal dice en su número del 19 del corriente:

Nuestro colega *La Integridad Nacional*, con la ilustracion que distingue á su digno director, ha tomado nuestro suelto en que felicitáramos su aparicion como una ofensa á los nobles sentimientos, á las altas miras que en alas del patriotismo le impulsaron á abandonar las playas cubanas, para venir á la madre patria á continuar la mision de defender los intereses de España en aquellas hoy colonias, contra los tiros y asechanzas de los enemigos. Secundando así las aspiraciones de otros leales, que conociendo sus relevantes cualidades y españolismo nunca desmentido, han depositado en él su confianza para tan delicada cuestion. Impulsados tambien de esos patrióticos sentimientos, cuando á principios del año anterior contempláramos con dolor el triste cuadro que ofrecian las sangrientas escenas de la patria que nos dio el sér.

Al mirar llenos de horror la ruina y devastacion que por doquiera llevaba la tea incendiaria de la dislealtad, y comprendiendo nuestra imposibilidad física para tomar parte en la defensa de la causa de España, hicimos ingresar nuestros hijos en los leales batallones de Voluntarios, y emprendimos viaje hácia la madre patria, abandonando intereses y las caras afeciones domésticas, para hacer resonar la débil voz de un *insular* en la prensa de Madrid, siendo quizás el primero que en el viejo mundo censuró la inícu conducta de sus hermanos, y las causas y vicios de la mala administracion gubernamental que allí se seguia; origen en parte de las calamidades que hoy atraviesa la más hermosa y rica Antilla española; espontánea manifestacion de los sentimientos que desde que vimos la primera luz, ha guiado los pasos de nuestra peregrinacion en aquella tierra querida. Esos mismos sentimientos nos guiaron para asociarnos en la publicacion de este diario, consagrando una gran parte de su mision á la defensa de los intereses peninsulares en Cuba, sin que para ello nos impulsara ni el interés, ni el lucro de una especulacion mezquina, comparada á la gloria de la conciencia, á la voz de la razon, el derecho y defensa de la causa de España.

Por eso siempre hemos hablado con la verdad, censurando los vicios y elogiando todo aquello que fuera digno de alabanza. Miserable el escritor que por un puñado de oro ó miedo, vende su conciencia y sus sentimientos á ban-

derías de partido. Nuestros débiles y expontáneos trabajos en favor de la causa de España no han respondido jamás á buscar lo uno, ni doblegarnos ante el otro; y con la cabeza erguida nos presentaremos donde la conciencia y el honor nos llame: es cuanto por hoy tenemos que decir al apreciable colega.

A nuestra vez consignamos que nada tenemos que oponer á lo que manifiesta nuestro colega; excepto en lo que se refiere á la frase que hemos reproducido con letras bastardillas, y respecto de la cual nos proponemos demostrar nuestra opinion contraria á la del Sufragio Universal.

Por ahora y mientras de ese particular no nos ocupemos, suplicamos á nuestro colega que medite sobre la confesion del poeta cubano Heredia, en la carta de ese «extraviado compatriota, que publicamos en el número 3 de este periódico. En ella encontrará algo muy elocuente sobre los vicios de la mala administracion que en Cuba se seguia.

Al anunciar nuestro colega *La Patria* que D. José Muñoz Tejeiro se encargaba nuevamente de su direccion, se publicó la siguiente carta de los individuos que componian la redaccion:

SR. D. JOSÉ MUÑOZ TEJEIRO:
Madrid 14 de Marzo de 1870.

Nuestro querido amigo: las diferencias que han surgido en la manera de apreciar las cuestiones políticas entre V., y los que durante su ausencia hemos formado la redaccion de su periódico, nos obligan á separarnos, aunque con sentimiento, de *La Patria*, en donde con tanto ahinco como sincero patriotismo, hemos venido defendiendo lo que creíamos más conveniente para las provincias de Ultramar y para los intereses de todos los españoles.

Reciba, V., pues, nuestra renuncia, seguro de que no merma en nada el afecto que le profesan sus amigos Q. B. S. M.

Francisco Balaguer.—Francisco de Laiglesia.

Posteriormente, y sin duda para explicar mejor las causas que produjeron la salida de estos señores, ha anunciado nuestro colega que ha variado la marcha que ha seguido hasta la actualidad, y que alterará en adelante la actitud que hasta ahora ha conservado.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Se reciben suscripciones á este periódico en esta redaccion, *plazuela de Santa Catalina de los Donados, núm. 2*, y en las librerías siguientes: *Duran, Carrera de San Gerónimo; Leocadio Lopez, calle del Carmen; San Martín, Puerta del Sol; de la Victoria, pasaje de Matheu. Universal, Calle del Arcenal, 16.*

Las personas que quieran suscribirse desde provincias, pueden hacerlo, lo ménos por un trimestre, enviando el importe á esta administracion.

PRECIOS Y CONDICIONES DE SUSCRICION.

En Madrid. 4 rs. al mes.
En Provincias. 15 rs. trimest.

IMPRENTA DE LA INTEGRIDAD NACIONAL.

Calle de los Dos Amigos, núm. 10.